

TEMAS FUGACES

El kaiser de los cesantes

Ya Ernesto Renán se apenaba y se dolía por no poder presenciar el desenlace de la vida magnífica de Guillermo II de Hohenzollern. Presentía el autor de la *Vida de Jesús* para la personalidad del Emperador de Alemania los destinos más grandes y para su ambición las catástrofes más apocalípticas... Nada, sin embargo, tan remoto a la mente de Renán como el aspecto en que hoy aparece en las gacetas del mundo el destronado monarca. Todas las encarnaciones de la grandeza humana podrían ser sospechosas para atribuirles al ex Emperador de Alemania. Hasta la grandeza de un final trágico, broche fascinador de una vida deslumbrante. Lo que ni Renán ni el más oscuro sargento de la guarnición de Berlín en los tiempos de Guillermo todopoderoso podían imaginar, es al todopoderoso Guillermo convertido en cesante con cargo a la lista civil y a las clases pasivas de Prusia.

¿No lo leyeron? Las Agencias, que, por fuerza de la costumbre y por acción de inercia, aun sienten estremecerse sus hilos en cuanto Guillermo II habla o viaja, llora o estornuda, come o ríe, debe o cobra, nos transmiten un eco de Londres, y en ese eco nos envían la noticia de que Guillermo II ha recibido como Rey de Prusia, desde primero del año actual, la cantidad enternecedora de cuatro millones doscientas treinta y seis mil seiscientas libras esterlinas. Un parlamentario inglés ha denunciado en la Cámara de los Comunes tan importante balance, acusando con tal denuncia un mezquino criterio para valuar y cotizar los sueldos por cesantías. Ese respetable y cicatero diputado que así se escandaliza de la retribución que percibe el ex Emperador de Alemania, podrá regir con celo y con éxito los intereses de un Estado ahorrándole pesetas al Erario público, pero es notoriamente un inepto para juzgar las necesidades de un cesante.

Porque el señor Guillermo de Hohenzollern no es un cesante vulgar. Su doble Corona, abollada y maltrecha, no de-



El embajador de Méjico D. Julián Sánchez Azcona con la colonia de su país y el personal de la legación, en el acto de descubrir, en el cementerio de Santos Justo y Pastor, un busto del general D. Vicente Riva Palacio. (Foto Alfonso.)

be confundirse con el sombrero hongo, sórdido y mugriento de uno de los cesantes clásicos de que está constelado nuestro teatro cómico. Para que un cesante pueda codearse con ese desventurado y grandiceo cesante que está guarecido en Holanda, necesitará haber regido, como él, un Imperio y haber sido el árbitro de los destinos europeos, y aun mundiales, durante muchos años. Hay cesantes de cesantes. Y tendríamos por megalómano a quien disputara en la jerarquía de las cesantías el primer puesto a Guillermo II.

Es justamente todo esto lo que ha olvidado ese cominero diputado británico al protestar de que Guillermo de Hohenzollern, el antiguo y enfático aliado de Dios y socio en comandita de la Divina

Providencia, cobre en unos meses cuatro miserables millones de libras... Pues ¿qué quería el parlamentario quejumbón, el implacable fiscal de las rentas del ex Káiser? ¿Quería acaso que Guillermo II percibiera siete mil quinientas pesetas anuales de cesantía como un ex ministro español?... El señor diputado inglés que tales remilgos opone a los cuatro millones de libras que, como derechos pasivos, cobra el ex Emperador, no sabe ciertamente quién fué Guillermo de Hohenzollern. Si lo supiera no le regatearía sus haberes de cesante. Cuando haciendo sonar unas ásperas cornetas en Berlín se puede declarar comenzada una guerra, en cuyo traumatismo aún yace la Humanidad entera—y esto fué lo que hizo una buena noche el señor Guillermo de Hohenzollern—, se tiene, al menos, derecho a que la cesantía esté bien retribuida; se es entonces un cesante de categoría: el rey, el dios de los cesantes; algo más: se es el káiser de los cesantes. Tal le acontece al pobre Guillermo de Alemania y Prusia.

Y ponerse en la Cámara de los Comunes, en Londres, a contarle a este egregio cesante, con roñosa cicatería, los millonajes que le son girados al destierro y al ocaso es tanto o tan pequeño y tan misero como si toda Inglaterra se paralizase para quedarse estupefacta por que en un remoto confín del Reino Unido cierto cesante de la Administración británica percibiera unos chelines más de los que le corresponden... ¿En qué quedamos? ¿No es un pobre cesante el ex Káiser? Pues que la Cámara de los Comunes se muestre generosa y munificente, dejando que Prusia vacíe su gaveta en los bolsillos de quien, al fin y al cabo, le trajo las gallinas, quiero decir los millones a Prusia...

Luis de GALINSOGA



Su Majestad el Rey durante la visita que hizo ayer tarde al Salón de Otoño en el Palacio de Exposiciones del Retiro. (Foto Alfonso.)



D. FRANCISCO LAYRET, ex diputado a Cortes y abogado notable, que alcanzó señalados triunfos defendiendo a los sindicalistas, y que ha muerto víctima de un atentado en Barcelona. (Foto Alfonso.)

El baile de moda y otras zarandajas

por Melchor de Almagro
::: San Martín :::

Las líneas que más abajo insertamos no estaban destinadas a la publicidad; pero nuestra compañera Matilde Muñoz las encontró tan sugestivas al curiosear en el diario del ilustre escritor Melchor de Almagro, que contando con el permiso de éste, las damos a la estampa, borrando algunos nombres propios.

Madrid, 28.

Respondiendo a la invitación de mi amiga la marquesa de X, que por su reciente luto no sale apenas de casa, he ido a verla esta tarde, entre seis y siete, esa hora que pone remate al día y abre las puertas de la noche, cuando la alegría artificial de las luces eléctricas finge un renacimiento del sol.

Fifita estaba en el salón íntimo, hundida entre mil almohadones policromos que, con sus oros, sus platas, sus bordados chinoscos, sus tonos deslumbradores, desde el carmesí hasta el azul real, servían de fondo a su figura encantadora, figura vestida de negro. Frente a la dama, en su torno, había varias señoras visitantes instaladas en sillones Luis XVI, en banquetillas y en divanes emanados, de aquellos que tanto gustaban a María Antonieta... El ilustre senado se ocupa, cuando yo arribo, en la grata tarea de mordisquear pastelillos y amigos, dando paz de vez en cuando a las golosinas y a la murmuración para tragar con monada bucheitos de té. La asamblea está lo más risueña, como me dice un caballero, argentino verdadero, Periquito entre ellas, que disimula la edad bajo un peluquín rubio, un traje muy ceñido al talle flaguísimo, probablemente así conservado en fuerza de ayunos, y una sonrisa copiada de un retrato de Romney.

—Es cierto cuanto les cuento—exclama el bonaerense—. En París, ese baile es el último cri. Es preciso danzarlo moviendo todo el cuerpo, como en la rumba, de manera que la carne se estremezca cual jalea de membrillo. Este es el ideal, ¿me comprenden ustedes? Bailar como si uno estuviera hecho con jalea de membrillo; como jalea de pera o de manzana, no sirve. Lo elegante es sólo membrillo.

—Yo he visto a los negros de Panamá danzar ese baile en América—dijo yo.

—En Europa es el mismo baile, estilizado—responde el mascarón trasatlántico.

—Pero ninguna señora verdaderamente tal querrá bailar eso—interrumpe una duquesa ochentona, muy *ancien régime*—. Yo, por mi parte, aseguro a ustedes que no lo bailaré nunca.

Esta grave declaración emociona al cóncave. La condesa de Y, que es joven e intrépida, aprovecha el silencio impresionante para responder con su vocecita infantil:

—Pues yo, duquesa, lo he bailado ya, y le aseguro que en punto de jalea de membrillo. En este baile no es posible pasar el punto.

—Pero, ¿dónde lo ha bailado usted?—pregunta el argentino.

—En el Ritz de Madrid.

Diez voces distintas interrogan en seguida, ansiosas:

—¿Con quién? ¿Con quién? ¿Hay alguno en Madrid que lo sepa?

—Ciertamente. El conde de C es un maestro. Pura jalea de membrillo.

—Yo también lo bailo—dice el caballero porteño.

—¡A ver! ¡A ver! ¡Un ensayito!

M. de H. se excusa, sonriendo modestamente, como un actor que al salir a las candilejas declina los aplausos mientras señala a la primera actriz. Esta señora, esta señora, lo hará mejor, seguramente, que yo—dice el argentino, indicando a la condesa pizpireta, quien de un salto se ha puesto en pie; estira su falda cortísima e invita con ambos brazos

abiertos al carcamal americano. ¡Vamos, venga usted!

—¡Eso, eso; los dos!—challan todos.

—Pero si no hay música...

—Yo tatearé—soluciona la condesa modernista—; y mientras comienza a silbar como un artista de *music-hall* cierta cadencia aguayabada, tiende sus brazos al argentino antidiluviano, que inicia una serie de extrañas sacudidas abdominales, las cuales poco a poco se transmiten al estómago, primero, al pecho, después, a la garganta, a los mofletes, a los brazos. El argentino y su pareja tiemblan de pies a cabeza, como si los cuerpos gelatinosos y deshuesados estuvieran a merced de un terremoto.

—¡Precioso! ¡Precioso!—gritan varias voces.

—Absolutamente mermelada—dice con acento de sincera admiración la señora D. El, que más que a los bailarines atiende al metódico engullimiento de unos riquísimos emparedados de *foie-gras*, cuyo alimento le ahorrará la cena.

—¿Cómo mermelada!—exclama indignado el argentino—. ¡Jalea de membrillo habrá usted querido decir, señora mía!

—¡Abominable!—sentencia la duquesa—. Ese baile es inmundo y antirreligioso.

La entrada en el salón de Canéforo, el cronista de sociedad bien conocido, corta la mascarada, dando otro sesgo a la afección general.

—¿Una taza de té, Canéforo?—preguntó la dueña de la casa.

Autorretratos



Leocadia Alba

Las actrices cómicas no tenemos fisonomía fija. Al caracterizarnos, perdemos nuestra verdadera personalidad, y yo, en esto, soy despiadada. Me cruzo el rostro de rayas, manchas, tizones... Me dicen que me excedo, y el caso es que, en efecto, yo creo que me caracterizo muy mal.

Respecto a las condiciones de mi espíritu, estoy muy descontenta de mí misma. Creo que, con un carácter tan apocado como el mío, no se puede ir a ninguna parte. Me impresionan y preocupan cosas de una insignificancia risible..., y además tengo muy mal genio. Unos prontos que... ¡yá!, ¡yá!; pero como se me pasan en seguida... Y debo decir que, en el fondo, me creo constantemente inclinada a la bondad y la indulgencia. Váyase lo uno por lo otro. Yo creo que un pronto lo tiene cualquiera. Por lo demás, mis aficiones se dirigen a una vida tranquila y oscura, una vida de «mujer de su casa», en que no haya que trasnochar jamás. Por esto me gustan los personajes más próximos a la realidad, cuando trabajo, y rodeo de la mayor naturalidad aquellos papeles en que, con las tendencias cómicas, que prefiero con mucho a las dramáticas, puedo encontrar uno de esos tipos domésticos llenos de tranquila bondad.

Leocadia Alba

—No; mil gracias—rechaza el periodista mundano con un gesto infinitamente amable e infinitamente cansado, y después responde a las preguntonas que le asaltan:

—Es cierto. El duque de la Roca regala a su sobrina, la encantadora marquesita de Villaviciosa, un cheque de un millón de pesetas como presente de boda. El traje nupcial es de terciopelo blanco.

—¿De terciopelo blanco?—interrumpe una dama—. ¡Qué bonita novedad!

—Sí; de Worth, y carísimo. Vale diez mil francos.

—No me sorprende el precio—añade otra señora—. Hace días recibí la visita de la *vendeuse* de esa casa. Por un vestido de baile que no tenía nada, nada, les aseguro a ustedes...

—Eso lo creemos—dijo yo—. Un vestido moderno y de baile... no tiene nada.

—Nada—replica la señora—, me pidieron siete mil francos.

—¿Pero saben ustedes cuánto ha costado a la misma encantadora marquesita de Villaviciosa su abrigo de martas zibelinas? Trescientos mil francos.

—¿Dónde es la boda?

—En el palacio que los Viana tienen en Córdoba. Después de la ceremonia, los invitados, con los marqueses de Viana, se trasladarán a Moratalla. Los futuros condes del Montijo irán a Sevilla para la Semana Santa, a casa de sus hermanos los duques de Alba, y después, a París y Londres.

—¿Qué noticias tan bonitas!—exclama una señorita, relamiéndose.

—¡Ah! No es verdad que el palacio de los difuntos marqueses de la Laguna esté en venta. Pertenece a la testamentaria, y probablemente será habitado por los herederos.

—Les aseguro que es la última moda—dice la duquesa, hablando de otra cosa—. Hay cola de coches que va por un lado hasta la calle de Toledo y por otra ocupa la del Bastero. Es una mujer interesante; dice cosas admirables. Los martes y viernes, que son los días en que se echan mejor las cartas, es imposible ser recibido si no se consigue audiencia con antelación. Tiene tres precios: dos pesetas para pobres, cinco para ricos y ocho con signos de Zodiaco.

—¡Ah! Zodiaco—murmura el argentino, poniendo los ojos en blanco y preguntándose interiormente quién sería aquel Zodiaco de nombre tan raro!

—Es indudable que adivina esa mujer—afirma una de las tertulianas, convencidamente—. A mí me puso colorada.

—Supersticiones—clama la duquesa—, supersticiones abominables, tal como ese horror que practican ahora algunas señoras de ir raptando San Antonios.

—Usted dirá lo que quiera, duquesa. Será abominable; pero unas amigas mías tenían un negocio horriblemente embrollado. Se les ocurrió la buena idea de irse una mañanita a la iglesia de las monjitas de D., y a un descuido del sacristán, ¡zas!, se apoderan del San Antonio, que estaba en el altar de la izquierda entre velas y flores, lo esconden en un saco que llevaban preparado, se escabullen, y en el auto, que las estaba esperando, ¡ffff!, a casa con el santo. Al mes, el negocio embrollado se desembrolló, y... ¡cualquier día devuelven la imagen!

—Pero eso es un robo. Tienen que restituir el santo a las pobrecitas monjas.

—En la iglesia de H. han puesto al San Antonio que allí se venera una cadena, para evitar se lo lleven las devotas, porque hay una racha furiosa de robar San Antonios.

—Pero eso es una irreverencia. ¡San Antonio con cadena, como un perro!—refunfuña la duquesa.

La vieja sonerie Luis XVI del salón da pausadamente las ocho, después de hacer oír un discreto aire de pavana.

—¡Las ocho! — exclama una dama—. Tengo gente a comer. Me voy.

—Yo voy al teatro. ¡Adiós! ¡Adiós, Finita, encanto; hasta otro día!

—¡Adiós! ¡Adiós!

Un guirigay de despedidas, de gritos y risillas, de besos ruidosos. Después, una tremolina en la escalera, y luego, una barandilla de metros en movimiento y bocinazos en la calle. Se disuelve la reunión. Está lloviznando y un frío húmedo invade Madrid entre nieblas, toses y carraspeos. Para volver a casa tengo que atravesar la «cola» del pan, la «cola» del aceite, la «cola» del tabaco, todas tres guñaposas y sombrías. Al relámpago de un foco eléctrico veo pasar en su automóvil a la duquesa Chentona, que, creyendo sin duda no ser vista de nadie, contonea ¡cielos, quién lo dijera! el busto en imitación del famoso punto de jalea de membrillo.

FRIVOLIDADES

Diálogos de Boudoir

La escena es un «boudoir» color de rosa. La luz, pálida y sonrosada también, de un frío amanecer de invierno. La escarcha se cueja en los cristales, y por la calle, invadida de niebla, cruza una enta sombra, el sereno, con su farol rojo encendido sobre el estómago. Sobre una mesa dorada, collares, sortijas, un abanico de pluma azul, una polvera de marfil con su espejito biselado en la tapa, una barra de carmín y un cuaderno de apuntes donde danzan las letras, trazadas por una mano nerviosa. El lápiz ha rodado hasta la alfombra, donde revolotea, entre guirnalda de flores, unos amorcillos muy gordos. (Presidiéndolo todo, con sus algodonesas bolitas blancas de sal inglesa nadando en un agua azulada, un frasco de sales, destapado.)

El abanico (entreabriéndose en un desesperado hostezo).—¡Ahhh! ¡Qué sueño tengo!

El cuaderno de notas.—Yo estoy nerviosísimo... ¡Hay que ver qué cosquillas me hacía con el lápiz, y lo nervioso que me ponen a mí las cosquillas!

El abanico.—¿Se habrá dormido ya?

El cuaderno de notas.—Seguramente.

El frasco de sales.—¿Cómo! ¡Seguramente! ¿Y no habrá nadie que venga a taparme? Me estoy disipando de un modo lastimoso.

El abanico (abriéndose más, como si sonriera).—¡Ha sido un escándalo, un buen escándalo.

El cuaderno de notas.—¡Te asustas por muy poco!... El año pasado, cuando el hovie no era Fernando, sino Ernesto, las regañinas eran más frecuentes y más... consonantes. Sólo que allí era ella quien gritaba porque él no consintió en aprender a bailar el «fox-trot».

El abanico.—Entonces estaba yo encajado en la vitrina de la sala.

La barra de carmín (ruborizándose).—¡Cada vez que pienso que esta vez la culpa ha sido mía! (Se ruboriza de un modo inverosímil.)

El abanico.—¡Ya, ya! Tu proceder ha sido impertinente. Tú has desenlazado la tragedia.

La barra de carmín.—Yo lo concedo, pero de un modo indirecto...; y si tú me hubieras ayudado un poco...

El abanico.—No pude hacer más. Me dolían las varillas de tanto extenderme, y Rosita no sacaba la cabeza de detrás de mí... Y así y todo, cuando Fernando, frunciendo el ceño, se acercó y le dijo: «Rosita, ¿qué es eso? Tú crees que una señorita puede «maquillarse» como una...»

La barra de carmín (ruborizándose).—«Cocotte».

El abanico.—Eso es. ¿No sufrí la agi-

Revista de la Moda



Continuamos en igual perplejidad que antes. La situación, respecto a sombreros, no se ha aclarado todavía. Quiero decir que, igual que ocurría esta primavera—ya que el verano se decidió por los sombreros ligeros, sí, pero grandes—, no podemos atenernos a un modelo que nos oriente y nos dé una tendencia fija en esto de los sombreros. Siguen siendo grandes... y siguen siendo pequeños. Se llevan con grandes velos flotantes, y se llevan sin velos, y los materiales invernales no nos suponen tampoco ninguna novedad. El terciopelo, el peluche, los tisús y sobre todo, eso sí, las pieles, son materiales preferidos.

Otras extravagancias han cedido un poco, afortunadamente. Buscamos mejor lo verdaderamente elegante que lo caprichoso y original, en que el buen gusto sale malparado. El «cello phane», el cuero, el charol, van desapareciendo, aunque todavía algunas se aventuren a hacerse sombreros de hule negro muy brillante, de dudosa elegancia.

Algunas siluetas quieren acercarse—¿cómo, Dios mío!—a nuestro gracioso

tocado español por medio de turbantes, prendidos voluminosos como peinetas y velos flotantes que quieren ser mantillas. Pero el gran sombrero, que sume en misteriosa penumbra los ojos, y el pequeño sombrero, que acuerda con la «écharpe» de piel, llevan el trono y las preferencias de la moda.

Los dibujos representan tres modelos de suprema elegancia. Velado el uno por un encaje de Chantilly, que dulcifica los duros contrastes del terciopelo negro y ayuda a la gracia flotante del «sprit» negro. En terciopelo, igualmente, el del centro, con grandes plumas de avestruz sin rizar, más flexibles y encantadoras que los «paraísos». También tiene unas deliciosas amazonas el otro modelo, en escala de color «beige» sobre la seda marrón, y un «bandeau» de tul gris humo,



que levanta gentilmente el ala.

Respecto a los sombreros que lucen en las fotografías dos eminentes «étouilles» de la escena francesa, recuerda el uno la picardía y la espiritualidad de ese año 30 de las románticas y los poetas, y que aquí armoniza con la pañoleta de encaje y la amplia falda, y es el otro una gorrita de peluche blanco, bordada en pequeños motivos de pluma negra y verde, feliz hallazgo de la fantasía.

tación frenética que me dió la mano de Rosita? ¿No procuré en todo momento ocultarle los labios?

La barra de carmín.—Pero no fui yo sola la culpable. (Mirando de reojo a la polvera.)

La polvera (malhumorada y haciendo brillar con iracundia su espejito biselado).—A mí no me mires para aludirme. Yo he pasado de moda. Si acaso, me utilizan para quitarle el brillo a la nariz; pero donde estén los esmaltes, los blanquetes y hasta las inyecciones...

La barra de carmín.—No te molestes conmigo; pero si Rosita no se hubiera puesto la nariz tan blanca en aquel entreacto, hubiera resultado menos rojo mi rojo maldito.

El cuaderno de notas.—Nada de esto tiene importancia. Lo verdaderamente importante es lo mío. Cada riña me cuesta unas cuantas hojas y un sinnúmero de cosquillas. (Estremeciéndose.) ¡Con lo nervioso que a mí me ponen las cosquillas!... En el primer entreacto escribí

tres esquelas llenas de frases apasionadas. ¡Con lo nervioso que a mí me ponen las frases apasionadas!... Cuando el acomodador la entregó a Fernando, él echó al palco una mirada furibunda. En el segundo entreacto casi me rasgó el lápiz, cuando Rosita escribió aquello de «Te contentas, si quieres, y si no, te aguantas, ¡majadero!» (Estremeciéndose.) Bueno. ¡Las cosquillas no se me quitan en toda la noche! Al final de la representación escribí más; pero ya no se lo llevaron a Fernando.

Todos (asomándose curiosamente a las hojas del cuaderno).—¡A ver! ¡A ver!

El cuaderno de notas (cerrándose dignamente).—¡Eh! No, de ninguna manera. Eso no me pertenece...

El abanico.—¡Eres un majadero!

El cuaderno.—Soy un cuaderno honrado.

La polvera (haciendo brillar su lunita biselada de un modo avinagrado).—¡Un farsante!

La barra de carmín (ruborizándose).—

Le ruego, amigo mío, que nos deje leerlo.

El cuaderno de notas (abriéndose galantemente por la página precisa).—Por usted lo hago, amiga mía. (Todos se agolpan y leen con avidez. El frasco de sales lanza una mirada por encima de todos, y lee también.)

Todos (deletreando la terrible letra «picuda» de Rosita).—«Ocupaciones para mañana: de una a dos, «manicure»; encargarse a la doncella que me traiga una caja de turcos «Murrati's», que se me han acabado; comprar en casa del perfumista una barra de carmín más grande y de color más vivo; devolverle sus cartas a Fernando; decir a las de B... lo de la carroza de este Carnaval; invitar a tomar el té a Leopoldo, para que rabie Ernesto.»

Todos (decepcionados).—¡Vaya, vaya!

La barra de carmín (gimoteando).—

¡Piensa sustituirme! ¡Qué ingratitud!

El cuaderno de notas.—También pien-

sa sustituir a Fernando. ¡Vaya una cosa!

El abanico de plumas (estremeciéndose con aire friolento).—¡Es terrible! Esta calefacción no marcha, y el hielo de la madrugada «se filtra por las paredes».

El frasco de sales.—Pues a mí la evaporación del amoníaco me hace tiritar materialmente, y de aquí a que me pongan el tapón...

La barra de carmín (ruborizándose).—Si antes no te sustituyen.

El cuaderno (cerrándose y disponiéndose a dormir).—¡Vaya, vaya, chica; así te quitas quebraderos de cabeza!

El abanico (sacudiendo sus plumas como un pájaro somnoliento).—¡Ahhh! ¡Qué sueño tengo!

(Se hace el silencio. Un pálido rayo de sol atraviesa las cortinas y hiere el cristal esmerilado de la polvera, que chisporrotea enojadísima y lo proyecta contra las facetas del frasco de sales.)

El frasco de sales (resignado a todo).—Bueno, hombre, bueno. ¡Era lo único que me faltaba!

Telón.

Madame de LYS

UNAS RECETAS

La cocina clásica y moderna

Modo de preparar la «sa sa» «poulette»

Para prepararla se necesitan cuatro decilitros de caldo, 30 gramos de manteca, 30 gramos de harina y dos yemas de huevo.

En una cacerola se hace un rojo de 20 gramos de manteca y los 30 de harina. Se hacen cocer durante dos minutos, agitando bien, y se le añade luego el caldo, sin dejar de mover.

Cuando haya pasado un cuarto de hora en el fuego se liga la salsa con las dos yemas de huevo y los 10 gramos de manteca que se apartaron. Se tamiza y se sirve, o emplea, como hemos indicado anteriormente, en la confección de algunos platos.

Terrina de pavo

Prepárese una terrina de conserva de tamaño adecuado. Se sofía, deshuesa y despedaza un pavo de un par de kilos de peso, quitando además los nervios del muslo y contramuslo. Píquese con 250 gramos de carne de tapa limpia de nervio y medio kilo de tocino todo el pavo, menos los trozos de los muslos y contramuslos, preparados en filetes, que deben mecharse con tocino salado. Sazónese todo con sal y pimienta.

Cúbrase el fondo de la terrina con parte del picadillo, y colóquese encima parte de los filetes de pavo; vuélvase a cubrir de farsa, y repítase la operación hasta terminar, procurando que la última capa sea de picadillo. Cúbrase entonces de tocino fresco muy picado y el todo con una hoja grande de laurel. Se cierra herméticamente la terrina y se deja cocer lentamente durante unas tres horas, asegurándose del punto, como en los flanes, por medio de una larga aguja.

Cuando la terrina esté cocida y fría, se cubre perfectamente de grasa de ave fundida.

EL AUTOPIANO

:: Pianos automáticos ::
de las afamadas marcas
"DECKER" y "STERLING"

VENTAS A PLAZOS Y AL CONTADO
Oliver. Victoria, 4, Madrid

CHIFFONS Olózaga, 13

GRAN EXPOSICION DE VESTIDOS Y SOMBREROS

Ultimos modelos de las Casas
Callot, Jenny - Deullet, Wort,
Joseph Paquin, Marie Gui,
Rebout, Callot Lewis, de París.

— PRECIOS RAZONABLES —